

Luis Pasteur: un hombre que distinguió la esperanza biológica

RAMÓN NOSEDA

Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria (ANAV). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

rnosedal@laboratorioazul.com.ar

¿Merece que describa hoy los «Nuevos Microorganismos» que, desde aquella época hasta hoy, llenan listas innumerables que solo servirán para manifestar un alarde de semántica y memoria? Yo les propongo otra cosa: bucear en lo recóndito de ese ser excepcional que fue Louis Pasteur (1822-1895). Con setenta y cinco años de actividad plena, sin dudas fue un faro de luz que iluminó con intensidad divina a todas las generaciones relacionadas con las ciencias biológicas, sobre todo a las dos medicinas, humana y veterinaria. Recordar a aquel hombre que cuando el pueblo de Paris le donó su Casa-Laboratorio (actual sede del Instituto Pasteur) dijo: «La humanidad tiene dos opciones: una ley de sangre y muerte, que inventa cada día nuevos medios de combate y obliga a los pueblos a estar siempre prevenidos para la guerra, o una ley de paz, de trabajo y de salud, que sólo procure librar al género humano de los flagelos que lo amenacen». La ciencia francesa obedecerá «siempre a los dictados de la ley humanitaria y se esforzará por prolongar los límites de la vida». La ciencia y la fe no solo son compatibles sino que se refuerzan mutuamente. Como decía Louis Pasteur, «un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha ciencia devuelve a Él». Pasteur recibió duras críticas de académicos de las ciencias naturales, que finalmente tuvieron que darle la razón. La idea de que todo organismo proviene de otro (*omne vivum ex vivo*) supuso una revolución no solo en el mundo de la microbiología, sino de la

biología en general; y le llevó a formular la Teoría Germinal de las Enfermedades Infecciosas, según la cual los contagios se deben a la capacidad de los microorganismos para transmitirse de una persona a otra a través del aire o del contacto físico. Pasteur, el héroe de la Medicina y la Veterinaria que no fue Médico ni Veterinario, señaló el nacimiento de la vacunoterapia al desarrollar las vacunas antirrábica, anticarbunclosa y anticólera aviar. Reflexionaba mientras desarrollaba sus vacunas: «Crear que se ha hecho un descubrimiento científico importante, sentir la fiebre de anunciarlo, pero constreñirse durante días, semanas y a veces años, a debatir las propias ideas, atacar las propias experiencias y no proclamarlo sino después de haber agotado las evidencias de todas las hipótesis contrarias», eso es sumamente arduo. Mas es enorme la alegría de alcanzar la certidumbre después de tantos esfuerzos, y esta alegría se acrecienta aún más, al pensar que con nuestro esfuerzo, hemos contribuido a honrar la patria. «Si la ciencia no tiene patria, el hombre de ciencia debe tenerla, para ofrendarle los lauros que sus trabajos alcancen en el mundo». Fue así que en el año 1886 Pasteur, conociendo la grave crisis sanitaria causada por el carbunco, envía su vacuna anticarbunclosa al gobierno argentino, a fin de controlar dicha zoonosis. La labor del Instituto Pasteur es constante y tenaz; prueba de ello son los diversos descubrimientos en bien de la humanidad: por ejemplo, en 1894 Yersin descubre el bacilo de la peste; en 1921, Calmette y Guérin crean la vacuna antituberculosa BCG; en 1954, Jonas Salk y Albert Sabin descubren la vacuna antipolio; en 1983, Luc Montagnier identifica al virus del SIDA, descubrimiento por el cual se le otorgó el premio Nobel de Medicina junto a la investigadora francesa Françoise Barré-Sinoussi. Entre otros muy importantes hallazgos se pueden mencionar la vacuna contra la hepatitis B; en el año 2003, se descubren valiosos elementos para el diagnóstico rápido de la peste y del cólera, al igual que en el 2006 para la meningitis. Todo ello es posible gracias a las

catorce unidades de trabajo con que cuenta el Instituto Pasteur y que están en permanente labor. El espíritu de Luis Pasteur debe permanecer entre nosotros, por ser ejemplo de un hombre integral, con fe en Dios y espíritu crítico de sus actos.